

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

LA LIGA PATRIÓTICA Y LA CONSTRUCCIÓN DE NUEVOS CIUDADANOS: EL “HUMANITARISMO PRÁCTICO”.

Cepeda Matías.

Cita:

Cepeda Matías (2013). *LA LIGA PATRIÓTICA Y LA CONSTRUCCIÓN DE NUEVOS CIUDADANOS: EL “HUMANITARISMO PRÁCTICO”*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/751>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 87

Título de la Mesa Temática: Dimensiones de la vida política en la Argentina, 1900-1945. Ciudadanía y nación.

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Castro, Martín Omar; Ferrás, Graciela; Tato, María Inés.

EL “HUMANITARISMO PRÁCTICO”

La Liga Patriótica y la formación de ciudadanos dentro del proyecto conservador

Matías Ezequiel Cepeda

Universidad de Buenos Aires

matias.cepeda@hotmail.com

Introducción

Primeramente, a los efectos de adentrarnos en lo que a este breve trabajo concierne, se sostiene que a partir de 1922 se produjo una sensible merma en la actividad política del movimiento obrero con respecto a la primera década del siglo XX, la cual estuvo signada por el miedo de la élite gobernante a la cuestión inmigratoria, vinculada con la violencia anarquista y, junto con ello, la desintegración nacional. No hay que olvidar que en ese entonces, el orden conservador (en decadencia) sentía la necesidad de dar un golpe de timón, y renovar y democratizar el sistema político en pos de asegurarse, por nuevos mecanismos, su continuidad en el poder. Esta década turbulenta en la vida política nacional ha marcado el ocaso de la élite conservadora, que perdió el control del Estado (en términos formales, por lo pronto) a manos de la UCR, partido que expresaba la voluntad de un nuevo sector social con pretensiones de introducirse en la discusión política, en el marco de la democratización del sistema y los derechos políticos a partir de 1912. Sin embargo, esta transición no se ha dado sino de manera conflictiva, tratando de ser bloqueada constantemente por la élite en su objetivo por restablecer el orden político y social anterior. En un contexto de recesión producto del escenario de posguerra, el gobierno radical era atacado por derecha, acusado de no tomar las riendas de la conducción del país adecuadamente y asegurar las condiciones de acumulación de capital y desarrollo económico prevalecientes durante el período anterior; y también por izquierda, debido a que los reclamos, las huelgas y las movilizaciones obreras se mantendrían en su máximo esplendor hasta 1920. De este modo, Yrigoyen mantenía una posición ambigua con respecto a esta problemática, recurriendo a veces a las negociaciones con los sindicatos y fallando a su favor (actitud desaprobada y duramente cuestionada por los sectores conservadores, que acusaban al gobierno de querer agenciarse de este modo un gran caudal de votos); como también a la intervención estatal de las provincias, la represión, o bien la obsecuencia ante los abusos y la violencia ejercida de manera privada e impune por parte de los sectores empresarios contra la clase trabajadora.

Dentro de este marco, la Liga Patriótica Argentina (LPA), cuyo papel fue fundamental en la desarticulación de las relaciones entre el movimiento obrero y las masas a partir de los sucesos ocurridos durante la Semana Trágica en enero de 1919, y contando con el apoyo de la acción del Ejército y la policía, y la omisión del gobierno yrigoyenista, continuó, durante los años posteriores a 1922, su combate contra la izquierda en otro terreno y a través de medios pacíficos: obras caritativas, talleres de

enseñanza de oficios, escuelas obreras gratuitas, etc. De este modo, y una vez derrotada y desorganizada la clase obrera, se buscaba enfatizar en el disciplinamiento social por medio de la separación de los trabajadores de las tendencias políticas de izquierda, educándolos en los valores nacionales, la fe católica y la obediencia a la ley. Esta cuestión remite inmediatamente al problema inmigratorio todavía presente, con respecto a la inclusión social de los extranjeros, el ejercicio de los derechos políticos y, a su vez, con el mantenimiento del statu quo. A partir de todo ello, lo que el presente trabajo busca es poner de manifiesto, a partir de un breve análisis del caso de las Escuelas para Obreras, dependientes de las brigadas femeninas de la LPA, la forma en que operó esta organización en función tanto de la inclusión social de estos obreros inmigrantes anteriormente reprimidos, enmarcada en una estrategia de conciliación de clases y bajo la concepción del “humanitarismo práctico”, tendientes a reforzar el carácter conservador de su nacionalismo y su ideario de país; como así también del consecuente mantenimiento del orden social, político y económico establecidos. Por otra parte, se sostiene que esta actividad puede vincularse con la concepción conservadora de la identidad nacional existente aun, creada a fines del siglo XIX y profundizada durante el Centenario: el problema inmigratorio, lejos de haberse superado, se sumaba al de esta convulsión social, y se deslindaba de ella nuevas interpretaciones. En tal sentido, y avizorando una crisis política del liberalismo y las instituciones democráticas a nivel mundial a fines de la década del '20 y comienzos de la década del '30, en el plano local surgen ciertas diferencias con respecto a nuevas ideas acerca del Estado, la sociedad y la ciudadanía dentro del propio campo de la derecha nacionalista. Tal es el caso de los jóvenes de La Nueva República (LNR), en cuya concepción pueden identificarse ciertas continuidades, pero la misma responde a un plan de carácter más orgánico, en el cual son claras las rupturas, a saber, las nuevas formas acerca de la acción y la legitimidad política, la concepción del Estado, la utilización de mitos y símbolos y el papel de las masas.

Naturalización de extranjeros, movimiento obrero y derechos políticos: el problema de la identidad nacional y el mantenimiento del orden

A pesar de las amplias libertades y garantías establecidas por la Constitución Nacional en 1853, y de las posibilidades de naturalización contempladas por la Ley de Ciudadanía en 1869, durante las primeras décadas de vida de la joven república, pocos eran los extranjeros que elegían naturalizarse. En principio, esto no era considerado un

problema demasiado grave, y a pesar de que Sarmiento y otros habían advertido sus consecuencias políticas, en los grupos dirigentes predominaba la confianza en la capacidad de la sociedad argentina para absorberlos sin problemas (Bertoni; 2007: 121). Sin embargo, el panorama irá cambiando hacia 1890, en un contexto signado por una crisis económica e inflacionaria que promovió la movilización de las masas trabajadoras, y que provocó a su vez el final del gobierno de Juárez Celman. En efecto, en los debates que tenía la élite dirigente en torno a la cuestión de la identidad nacional, circulaba la idea de generar una amplia naturalización de los extranjeros a tono con la creciente preocupación por la disgregación y la consiguiente desaparición de la identidad nacional. Una parte de la élite sostenía que el cosmopolitismo supondría un verdadero peligro: una sociedad nacional endeble, que aceptara la existencia de varios idiomas y de múltiples tradiciones culturales. Asimismo, este interés por la nacionalidad comenzó a evidenciarse en el Congreso y en los diversos debates políticos en el momento en que se estaba gestando la sociedad local, a la vez que lo hacían las naciones europeas de donde provenían los grandes contingentes de inmigrantes. Se vislumbraban indicios de una nueva etapa de construcción de las naciones y las nacionalidades en Europa, en el marco de una expansión colonial imperialista. De aquí, y en este contexto, se deriva la preocupación de la élite por la construcción de “argentinos” frente al potencial peligro de una formación de enclaves de otras nacionalidades y el consecuente reclamo de soberanía por parte de los países de origen (Bertoni, 2007: 121). En tal sentido, la nacionalización de inmigrantes no se trataba solamente de un argumento político cuyo fin estaba orientado a saldar la disociación entre productores y ciudadanos, sino que ahora el problema era abordado desde un punto de vista cultural y ya no desde un punto de vista jurídico; se trataba de convertir a los extranjeros en argentinos plenos.¹ (Devoto, 2002: 26).

Se creía entonces que esta heterogeneidad impediría conformar plenamente una nación (Bertoni; 2007: 123), sin embargo, esta política de naturalización traería aparejado el problema del otorgamiento de derechos políticos. Al mismo tiempo, los inmigrantes también reclamaban participación en los asuntos políticos del país, ya sea por medio de la acción directa a través de huelgas y movilizaciones, o bien a través de distintas campañas surgidas a partir de la Revolución de 1890, en la cual consideraban

¹En este sentido, el rol homogeneizador de la escuela será fundamental: la educación fue concebida como instrumento legítimo de intervención del Estado para implantar el culto de la tradición y los héroes, a tono con las obras de Mitre y Vicente Fidel López.

que habían tenido protagonismo en los combates callejeros y, por ende, reclamaban para sí los derechos políticos de los cuales gozaban una mínima parte de la población.² Si bien la cuestión de la naturalización también suponía para ellos un problema que suscitó debates en las distintas colectividades, vieron en la renuncia del presidente y el quiebre del régimen político, la veta para materializar sus reclamos (Bertoni; 2007: 137). A partir de entonces, y más aun desde 1910, esta discusión fue tomando cada vez mayor envergadura: en amplios sectores de la élite se puso de manifiesto una postura excluyente, de celosa defensa de la nacionalidad. En ella se evidenciaba un traslado de este concepto, del ámbito jurídico hacia el de la emoción y el sentimiento, partiendo de una idea esencialista y dotándolo de sacralidad³ (Bertoni, 2007: 131). Se hacía cada vez más claro el rechazo de los inmigrantes por parte de los grupos dirigentes, preocupados por la defensa de la nación frente al miedo a la disgregación y la pérdida de identidad cultural (Bertoni, 2007: 9), como también por el peligro real en que la movilización obrera se estaba convirtiendo.⁴ La élite dirigente adoptó estas posturas claramente xenófobas y discriminatorias, las cuales eran tributarias de un esencialismo romántico que se vivía en el clima de época, como sucedía en los países europeos. Dicha concepción cultural tenía como fin lograr una deseada estabilidad frente a un cambiante mundo social, y tendía a rechazar la misma inmigración que otrora fuera promovida, la cual fue clave, como es sabido, para la transformación de la sociedad argentina, en un momento de auge del modelo agroexportador y gran expansión económica. Las primeras décadas del siglo XX estarán signadas por el combate que libró el Estado contra la amenaza izquierdista y la cuestión inmigratoria, que parecían fundirse en una sola problemática que ponía en peligro el sistema político del país, y el cual no podía resolverse sino de manera drástica. Una clara expresión de esto puede verse en la

²La resistencia de los inmigrantes a la naturalización puede pensarse en función del desinterés de éstos por instalarse en el país, ya que sus intenciones era las de lograr una relativa riqueza y retornar a sus países de origen. Ello pudo haberse debido a las condiciones que el país no ofrecía para su radicación definitiva, a saber, la imposibilidad de adquirir tierras, la inestabilidad ocupacional y la incapacidad de establecerse, debiendo llevar una vida nómada. Léase Rock, David; *El radicalismo argentino, 1890-1930*; Buenos Aires, Amorrortu; 2001; cap. 1.

³A propósito de estas posturas, el 23 de mayo de 1890 el Congreso Nacional rechazó el diploma del doctor Urdapilleta, diputado electo por la provincia de Buenos Aires, quien era un paraguayo nacionalizado argentino en 1883.

⁴Es menester señalar que entre 1901 y 1904, la huelga general se constituyó como forma de lucha de la clase obrera argentina, a la vez que se producen grandes movilizaciones de masas que, en muchas ocasiones, decanta en choques armados con la policía, provocando muertos en las filas de ambos bandos. De este modo, en la huelga se articulan la lucha económica y la lucha política. Léase al respecto Iñigo Carrera, Nicolás; *La estrategia de la clase obrera. 1936*; Buenos Aires; Ediciones Madres de Plaza de Mayo; 2004; cap. 2.

sanción de la Ley de Residencia en 1902, que facultaba al gobierno con la capacidad de expulsar a inmigrantes sin juicio previo; dicha ley fue utilizada para reprimir la organización sindical, expulsando principalmente a militantes anarquistas y socialistas. O bien, los ejemplos de dura represión, como el caso de aquella ejercida contra el movimiento obrero durante la Semana Roja en 1909, y los festejos del Centenario.

El origen de la Liga Patriótica y su actividad represiva contra el movimiento obrero

De acuerdo con lo expuesto acerca del accionar del Estado con respecto a los problemas de los derechos políticos, el movimiento obrero y los inmigrantes, es menester establecer el contexto en el cual la situación política y social durante las primeras décadas del siglo XX ofrecía, a las claras, condiciones propicias para el surgimiento de movimientos de extrema derecha. A saber, la élite terrateniente, protagonista del desarrollo político del país en el período precedente, había perdido peso en un sistema que se había democratizado recientemente a partir de la Ley Sáenz Peña en 1912, a la vez que afrontaba un desafío significativo por parte de los trabajadores (McGee Deutsch; 2005: 111). En términos formales, la élite conservadora, cuyas fuerzas se encontraban divididas y debilitadas, perdió el control del aparato del Estado tras ser derrotada en elecciones por la UCR, asumiendo así en 1916, Hipólito Yrigoyen su primera presidencia.⁵ Al mismo tiempo, el final de la Primera Guerra había provocado una crisis económica a nivel mundial, y de este modo, los vaivenes comerciales y la caída de las inversiones produjeron una fuerte recesión en el país entre 1913 y 1917. Como consecuencia de dicha situación a nivel nacional, y también como reflejo de la marea revolucionaria que se había desatado en Europa a partir de la Revolución Rusa, y el efecto que esta tuvo en el propio continente, la clase obrera desplegó un considerable impulso movilizador en reclamo de mejoras económicas y de condiciones de vida en general (McGee Deutsch; 2005: 113). De este modo, durante la posguerra, el país fue testigo de un esfuerzo de sindicalización sin precedentes: grandes movimientos huelguísticos estallaron en la zona cerealera, en los puertos del litoral, en la Patagonia y en las tierras bajas del noroeste. La élite conservadora se había servido

⁵El crecimiento del radicalismo a comienzos del siglo XX estuvo estrechamente ligado, por una parte al efecto que tuvo el intento fallido de golpe en 1890, pero fundamentalmente al proceso de estratificación social que concentró los grupos dirigentes de la alta jerarquía en las clases medias urbanas, dedicadas a profesiones liberales y la función pública. Esto da cuenta de la creciente tendencia de los sectores medios urbanos a procurarse las vías a través de las cuales lograr riqueza y ascenso social a través de la participación política. Al respecto, léase Rock, David; *Op. Cit.*; cap.1.

siempre de la represión y la restricción política como medios para controlar los movimientos de protesta y, puesto que no había manera de controlar a los inmigrantes dentro del sistema político, la opción aconsejada entonces era mantenerlos fuera en la mayor medida posible (Rock; 2001: 29). Ante este panorama, la clase dominante consideraba que la libertad para desarrollar sus actividades económicas no estaba garantizada, frente a una clase obrera que comenzaba a organizarse y ejercer presión real sobre la patronal. Asimismo, consideraba que la neutralidad del gobierno yrigoyenista, al que acusaba de tener buenas relaciones con las clases trabajadoras a fin de ganar sus votos, no tomaba las medidas represivas correspondientes para lograr una pacificación y mantenimiento del orden. En este sentido, y frente a la tibieza del gobierno radical, la respuesta de la élite fue la de asumir la función de la represión (de manera ilegal y privada) a partir de la organización de un grupo rompehuelgas, posteriormente conocido como la Liga Patriótica, cuya presidencia estuvo luego a cargo de Manuel Carlés, un dirigente nacionalista porteño que se desempeñó en diferentes funciones estatales, ocupó cargos públicos y tenía buenas relaciones con diversos dirigentes políticos.⁶ Nacida al calor de la Semana Trágica en 1919, la cual no fue sino la expresión de un miedo colectivo de la clase dominante frente al supuesto complot maximalista y el “peligro rojo”⁷ (Lvovich; 2003: 134), y apoyada por la organización patronal nucleada en la Asociación Nacional del Trabajo (ANT), la policía y el Ejército, la Liga amplificó sus redes en función de profundizar su campaña antiizquierdista y aplastó gran cantidad de huelgas en todo el país y desarticuló varios sindicatos. Las acciones de la LPA, en su afán por preservar el orden, atacaron al movimiento obrero en el momento más álgido del ciclo de lucha iniciado el siglo anterior; a partir de 1920, momento en que comienza a consolidarse “(...) la tendencia a la penetración de las luchas obreras en el sistema institucional, con la legitimación y legalización de los intereses inmediatos como asalariados de algunas de sus fracciones y capas (...)” (Iñigo

⁶Con respecto a su trayectoria política, se conoce que Yrigoyen nombró a Carlés para encabezar la intervención en Salta en 1918 y 1919, en el momento en que se estaba constituyendo la LPA, y hasta contempló la posibilidad de designarlo como ministro de Marina. Su liderazgo estaba afianzado por aquellos vínculos que tenía con diversas facciones políticas y con oficiales del ejército, a quienes conocía por haber sido sus alumnos en la Escuela Superior de Guerra.

⁷Daniel Lvovich sostiene que este “Gran Miedo” fue producto de una sensación de paranoia colectiva difundida a partir de la atribución de sentido a acontecimientos inexistentes, o bien, por una interpretación de sucesos reales signada por el miedo. En este sentido, sostiene que no hay motivos para considerar a la huelga general como pretexto para la represión; el miedo de las clases dominantes fue el resultado de un sistema de creencias a través del cual se percibió en la huelga general la materialización de este temor. No obstante la inexistencia del complot maximalista, este mecanismo fue plenamente eficaz a los efectos de ejercer una brutal represión. Léase Lvovich, Daniel; *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*; Ediciones B Buenos Aires; Buenos Aires; 2003; cap. 3.

Carrera; 2004: 37). La desidia y no intervención del gobierno (que era plenamente consciente de lo que estaba ocurriendo) fue funcional a las actividades de la Liga, que logró de esta manera propinar duros reveses y debilitar al movimiento obrero (McGee Deutsch; 2003: 119). Sin embargo, la Liga argumentaba su accionar sosteniendo que lo que se buscaba era controlar la oferta de mano de obra mediante la formación de “brigadas de trabajo libre”, núcleo esencial de estructura organizativa y de sus operaciones. Estas brigadas proveerían, sustentadas por empresarios miembros de la organización, servicios sindicales que los liguistas consideraban legítimos, es decir, socorro mutuo, educación, mejora gradual de las condiciones económicas y de trabajo (McGee Deutsch; 2003: 125). Para la LPA, la defensa de la nación equivalía a la lucha contra la izquierda.

En lo tocante a su composición social, la LPA se sostenía en una base muy amplia; a saber, gran parte de sus autoridades centrales masculinas pertenecían a las clases altas, procedentes de familias terratenientes y estrechamente relacionados con la élite conservadora, al igual que las Señoras y Señoritas (agrupaciones femeninas), vinculadas por relaciones parentales. Muchos de sus miembros ocuparon cargos gubernamentales antes de 1916, y entre ellos pueden contarse tanto conservadores de diverso calibre, como así también radicales antipersonalistas. Asimismo, la LPA contó con el apoyo tanto de la Iglesia Católica como de oficiales de las Fuerzas Armadas y la policía, quienes colaboraron activamente. En cuanto a las brigadas masculinas, solo un pequeño grupo pertenecía a esta extracción social; la base popular de la organización estaba compuesta por trabajadores contratados en su función de rompehuelgas, y por sectores medios y profesionales (McGee Deutsch; 2003: 123, 124). La Liga declaraba que formaría grupos barriales para reprimir la violencia anarquista a fin de asegurar el respeto a la ley, el principio de autoridad y el orden social; respaldando la naturalización de inmigrantes pertenecientes a las clases propietarias, pero excluyendo a aquellos considerados detractores de la Constitución. De acuerdo con su concepción, la “argentinidad” para la Liga, “implicaba aceptar el orden existente” (McGee Deutsch; 2005: 118). Los trabajadores podían aspirar de manera legítima a conseguir mejoras en sus condiciones económicas, pero desaprobaban los medios de lucha para conseguirlos. En este sentido, la LPA se encargaría de asegurar estas cuestiones para los pobres y, de este modo (y como veremos más claramente a partir de 1922) educaba y moralizaba a las clases populares de un modo muy similar al que lo hacía la Iglesia. Esta concepción política y social que la Liga tenía con respecto al funcionamiento del país, estaba

enmarcada en la idea de conciliación de clases (concepto clave que recorre a partir de entonces todas las ideologías nacionalistas), y se autoproclamaba como “tercera posición” entre un capitalismo desenfrenado y el izquierdismo obrero (McGee Deutsch; 2003: 119).

Humanitarismo práctico: escuelas para obreras, actividad filantrópica femenina y disciplinamiento social

A pesar de no ser aprobada, en términos generales, la participación femenina en la política por la élite conservadora, ni por los dirigentes de la LPA, la situación exigía el aprovechamiento de los roles desempeñados por las mujeres en relación con los actos de beneficencia, el apoyo a la familia y el impulso educador (McGee Deutsch; 2005: 121) Carlés, una vez asumida la presidencia, se dio a la tarea de difundir el mensaje de la Liga entre las mujeres visitando iglesias y asociaciones católicas, agenciándose el apoyo de muchas de sus organizaciones, provenientes de las clases altas, y vinculadas a la élite. Con el tiempo, las mujeres organizaron sus propias brigadas, destinadas a este tipo de actividades; la importancia de las mujeres para la LPA estaba fundamentada principalmente por su posición dentro de la familia, considerada un baluarte de la nación. En este sentido, y de acuerdo con el rol diferenciado y jerárquicamente organizado de marido, esposa e hijos que configuraban la familia burguesa modelo, esta idea tendía a reforzar y modelar la sociedad de clases (McGee Deutsch; 2005; 122). Asimismo, la mujer tenía la importante misión de vigilar y difundir entre sus hijos los valores religiosos, la obediencia, la moralidad, el patriotismo y la reverencia por el trabajo. Queda muy clara la función simbólica de la mujer liguista, y de reforzamiento de aquellos valores que las brigadas de hombres defendían a través de la violencia y la acción política directa en las calles. Del mismo modo, y de acuerdo con el debate acerca del sufragio femenino instalado en los años de posguerra, Carlés creía que las mujeres debían abocarse a la tarea de moralizar las familias extranjeras y reforzar el tejido social, en detrimento del voto. Esta observación es consecuente, por un lado, con la autodefinición de la Liga como una asociación de tipo moral y patriótica, reafirmando un supuesto apartidismo y afirmando la actividad femenina; y por otro, con la postura conservadora defendida por la LPA con respecto a las jerarquías en la sociedad, en la cual se afirmaba la supremacía masculina.

Si bien todas estas acciones parecieran estar teñidas de cierto tinte progresista para la década de 1920, no hay que perder de vista el trasfondo del argumento con que

la Liga buscaba justificar sus acciones, el cual estaba basado en el carácter patriótico y cristiano de su misión. De hecho, los liguistas se enorgullecían de haber pergeñado una alternativa “argentina” contra la doctrina izquierdista, en el contexto anteriormente desarrollado, marcado por las luchas obreras y el desprecio y la desconfianza hacia la inmigración. Pero bien, si tomamos en cuenta la confluencia de la Liga con la Iglesia católica en función de abrazar los mismos conceptos anteriormente descritos, y desarrollar conjuntamente un proyecto político afín, arrojamos mayor luz a la interpretación de las actividades llevadas a cabo a partir de 1922 (Caterina; 1995: 86). A saber, de acuerdo con la encíclica *Rerum Novarum*, la primera encíclica social de la Iglesia promulgada por el papa Leon XIII en 1891, que atendía el problema de las condiciones de vida de las clases trabajadoras, en ella se manifestaba el apoyo al derecho formar uniones o sindicatos, pero al mismo tiempo, reafirmaba el derecho de propiedad privada. Con esta encíclica, la Iglesia intentó detener la fuerte “descristianización” de las masas trabajadoras, en un momento en el cual su credibilidad se veía menguada por las ideas revolucionarias en auge (teniendo en cuenta la Revolución Rusa y la organización de un Estado obrero y ateo como principal adversario). En cuanto a la izquierda, la Iglesia atacó sus ideas sosteniendo que, al pretender los socialistas que los bienes de los particulares pasen a la comunidad, de este modo no hacen otra cosa sino empeorar la condición de los trabajadores, ya que éstos pierden su derecho a disponer libremente de su salario, arrebatándoles así toda esperanza de poder mejorar su situación económica. En este sentido, también hay en el documento una defensa de la propiedad privada, la cual era considerada como un derecho natural, dentro de los límites de la justicia, haciendo referencia al iusnaturalismo lockeano. De este modo, también se buscó fomentar la constitución de asociaciones obreras católicas, junto a las ya existentes, en función de dar un importante estímulo al incipiente catolicismo social. En tal sentido, el papa recomendó a los obreros católicos organizar partidos laboristas propios y uniones de trabajadores bajo principios religiosos si así lo deseaban, en detrimento de las organizaciones obreras de izquierda. Pero más interesante es aun la tarea que se encomienda a los obreros:

(...) poner íntegra y fielmente el trabajo que libre y equitativamente se ha contratado; no perjudicar de modo alguno al capital, ni hacer violencia personal contra sus amos; al tratar de defender sus propios derechos, abstenerse de la

fuerza y no armar sediciones, ni asociarse con hombres malvados y pérfidos que falsamente les hagan concebir desmedidas esperanzas.

(León XIII; 1891)

A las claras, la crítica está construida sobre una fuerte matriz liberal y en defensa de las relaciones sociales capitalistas, en contra de la izquierda, cada más importante en el plano político internacional; del mismo modo que lo está el proyecto de la LPA en su base. De tal manera, las ideas de los católicos sociales acerca de la armonía de clases y el rol de la mujer en la sociedad patriarcal modelo, inspiraron a la Liga en cuanto a las actividades filantrópicas. Pero más importante aun fue la creación de institutos de enseñanza libre en fábricas y talleres para trabajadoras inmigrantes; a tal propósito, Jorgelina Cano, presidente de la Comisión Central de Señoritas, decía:

(...) No es nuestro programa la obra filantrópica inspirada en el alivio transitorio del dolor ajeno o el socorro oportuno al afligente que lo reclama. Aspiramos a resolver el hondo problema con un criterio más humanitario, más eficaz y que mire muy adelante el porvenir. Buscamos la educación, de la clase trabajadora, buscamos enaltecerla con el ejemplo de nuestras virtudes, de nuestra actividad y de nuestro espíritu fraternal (...)

(Cano; 1922: 35)

Sus propósitos estaban orientados, por un lado, a la moralización de las trabajadoras, quienes debían evitar ser atraídas por ciertos pasatiempos fuera del horario de trabajo, como beber en los bares, coquetear con hombres en las plazas, tomar lecciones de tango, etc. Por otro lado, el objetivo de estas escuelas era el de mejorar la posición de las trabajadoras a través de la enseñanza de habilidades elementales, tales como leer y escribir, o bien brindar instrucción primaria en aritmética, mecanografía, costura, bordado, etc. En cuanto a la formación en los valores, las liguistas buscaban inculcarlos en las trabajadoras inmigrantes en función de construir este mencionado perfil de ciudadano argentino: valores tales como nobleza en el trabajo, obediencia a la ley, paciencia, responsabilidades con la familia y el país, patriotismo, puntualidad, entre otros, eran considerados capitales. La aceptación de los valores nacionales argentinos y de las relaciones sociales capitalistas, estaban imbricadas y homologadas en la enseñanza de estas escuelas. Por otra parte se indicaba que el socialismo y el anarquismo no eran compatibles con las doctrinas de Dios y de la Patria, y que por

tanto, resultaban peligrosos por su carácter disolvente. Todo ello sumado a los cursos de economía hogareña, cuidado de niños e higiene, preparaba a estas trabajadoras inmigrantes para ser “verdaderas señoras” (McGee Deutsch; 2003: 161, 162). Las liguistas no solamente favorecían la inclusión de las trabajadoras inmigrantes de acuerdo a la posición social de la mujer en el marco de un modelo de sociedad patriarcal y burguesa argentina, sino que a su vez, se esperaba que difundieran esta cuestión en sus propias familias. Por otra parte, la Liga era optimista acerca de esta educación nacionalista, la cual acabaría con el odio de la clase obrera y la transformaría en amistad entre trabajadores y sus empleadores-benefactores. También se esperaba que los inmigrantes recibieran las obras caritativas en función de favorecer el fortalecimiento del vínculo entre su familia y la nación. Carlés y otros voceros de la LPA denominaron a esta ideología como “humanitarismo práctico”, entre otras formas, la cual estaba caracterizada por sus raíces nativas, socialcatólicas, positivistas y claramente antimarxistas. No reconocía ninguna vinculación con pensadores contrarrevolucionarios europeos, sino que esta doctrina era un producto puramente autóctono, de acuerdo con la negativa a la utilización de generalizaciones para interpretar la sociedad argentina⁸, a excepción de la teoría positivista, que le otorgaba los fundamentos racionales a partir de los cuales explicaba el progreso y desarrollo económico nacional, como así también del orden (McGee Deutsch; 2003: 166). Carlés sostenía que los argentinos habían comprendido que se debía conservar y perfeccionar las bases fundamentales de la sociedad (la propiedad, la familia y la autoridad), y que aquellas características negativas que había dejado el desarrollo, desaparecerían de manera natural y paulatina. Por otra parte, en cuanto al procedimiento epistemológico que Carlés utiliza, resulta ingeniosa la forma en que desacredita, en términos teóricos, la transformación de la realidad, promovida principalmente por las tendencias revolucionarias de izquierda: se trataba de “ver el mundo tal cual es”, es decir, la Liga no se proponía emprender la tarea de transformar la realidad puesto que es imposible (de acuerdo con su estructura ideológica organicista), pero sí intentaría mejorar el bienestar de las clases populares a través de “medios naturales”. Carlés sostiene que cada miembro de la sociedad

⁸De la misma forma, también se buscaba desacreditar al marxismo y al anarquismo, considerándolos ideologías foráneas que nada tenían que ver con la realidad nacional. Este discurso será recuperado por la derecha en la mayoría de los casos durante todo el siglo XX.

mantendría la posición que naturalmente ocupa⁹, y tomaría solo aquello que por derecho es suyo. Asimismo, atacaba a la izquierda, cuestionándole su impaciencia en lugar de esperar que la sociedad corrigiera de manera lenta, pacífica y natural sus propias imperfecciones; y de este modo, la LPA convertía aquella igualdad promulgada por la izquierda, a la cual consideraba ilusoria, por una “libertad práctica”, posible (McGee Deutsch; 2003: 167). Finalmente, es necesario destacar que la LPA, como organización contrarrevolucionaria, cuyo fin no era otro sino el de mantener el statu quo, sostenía que los seres humanos son irracionales, egoístas y pecadores, y que solamente las instituciones y los rituales pueden domesticar sus instintos, a tono con las teorías iusnaturalistas del surgimiento del Estado; y en tal sentido, cualquier intento por quebrar las tradicionales relaciones sociales jerárquicas e instituciones mediadoras de la sociedad, conduciría al caos.¹⁰

La Nueva República, un proyecto político orgánico del nacionalismo

Hacia fines de la década de 1920 y comienzos de 1930, se produjo un acontecimiento clave en el desarrollo de la derecha: la incorporación de elementos de los sectores medios y de las clases populares (en menor medida) provocaron un ensanchamiento de sus bases; a diferencia de aquella característica que había primado las décadas anteriores, que fue la de la composición elitista casi por completo. La izquierda tenía entonces un nuevo enemigo en la “tendencia popular” del nacionalismo, que salió a combatir a las calles, especialmente durante las fechas patrias y el Día del Trabajador. (Rubinzal; 2008: 257). La década del '30 era testigo de una renovación dentro de la derecha nacionalista que, a diferencia de la LPA, buscaba la incorporación de las masas a la vida política del país aunque bien compartían el punto de partida: la armonía entre clases y el mantenimiento del orden social.¹¹ En este sentido, el

⁹Del mismo modo, la teoría de una sociedad organicista, en la cual cada miembro ocupa el lugar que le corresponde de manera natural, también es un argumento que subyace a gran parte de las ideologías nacionalistas de derecha.

¹⁰Las ideas de Carlés, que pueden hacerse extensivas en gran medida al pensamiento de la Liga, estuvieron fuertemente influenciadas por un iusnaturalismo de base religiosa, dentro de las líneas más progresistas del conservadurismo argentino. Por otra parte, estaba imbuido por un fuerte patriotismo y una fe ilimitada en el progreso argentino, sustentado por la libre iniciativa privada (liberalismo económico) y por la educación, fundamental a su juicio. Al mismo tiempo, y pese a considerar centrales las Fuerzas Armadas y la iglesia Católica dentro de la cosmovisión jerárquica que tenía, adscribía plenamente a la democracia republicana y a la defensa de la Constitución Nacional. Caterina, Luis María; *La Liga patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del veinte*; Buenos Aires; Corregidor; 1995; cap. III.

¹¹En este sentido, se sostiene que la experiencia de la LPA puede pensarse como un precedente de las organizaciones nacionalistas de la década del '30, y cuya diferencia fundamental estriba en nunca haber

acercamiento de los nacionalistas al mundo obrero partió de un cambio fundamental, que fue la de sumar a las prácticas represivas durante actos y festejos de las organizaciones de izquierda, la organización de actos propios y la reformulación de sentido de las fechas conmemorativas (Rubinzal; 2008: 261). De este modo, el proceso de apropiación del espacio urbano fue acompañado de nuevas estrategias que contaban tanto con movilizaciones de masas dotadas de una parafernalia que nada tenían que envidiar a la liturgia fascista, como así también con la utilización de las muertes trágicas de militantes en pos de construir la figura del mártir (Rubinzal; 2008: 275, 276).

De acuerdo con aquella nueva sensibilidad que se hacía presente durante la segunda mitad de los años '20, un grupo de jóvenes nacionalistas se percibían a sí mismos como una “nueva generación”, una vanguardia literaria con nuevas propuestas estéticas, que buscaban diferenciarse de aquellos nacionalistas del centenario¹² (Devoto; 2002: 170). En este sentido, es importante remarcar la importancia del periódico La Nueva República (LNR) fundado en 1927, en el contexto de la reelección de Yrigoyen, y compuesto por un grupo heterogéneo que nucleaba católicos, maurrasianos, radicales antipersonalistas, nacionalistas de diversas tendencias, conservadores, etc. Si bien las fronteras entre todos estos elementos son muy delgadas y difuminadas en este momento, pues no lo son aquellas cuestiones que los aglutinan, tales como el desencanto por el proyecto democratizador fundado en la Ley Sáenz Peña y la añoranza por el antiguo régimen conservador. Por otra parte, también hay que destacar que tanto los viejos conservadores como los jóvenes nacionalistas compartían los mismos espacios de sociabilidad (Jockey Club, Sociedad Rural, Círculo de Armas, etc.), lo que da cuenta de la homogeneidad social de este grupo y también con otros grupos de derecha¹³ (Devoto; 2005: 180). En este aspecto, no existen diferencias con los integrantes de la LPA, ya que muchos de estos personajes circulaban por las mismas ideas, en principio, y pertenecían a la misma extracción social. Sin embargo, estos jóvenes comenzaban a expresar diversas reacciones al proceso democratizador como consecuencia de un período que debe ser pensado como una transición, a saber: los miedos que suponían la cuestión inmigratoria (que desde hacía ya algunos años, se había convertido en un problema para

buscado movilizar a las masas a partir de la explotación de su psicología y de los mitos nacionales, tal y como lo hicieran los fascistas.

¹²Devoto sostiene que, a comparación de las vanguardias europeas, estas vanguardias eran mucho más estetizantes que políticas, y ello respondía al clima cultural e ideológico que, en el caso nacional, era mucho menos frenético. Léase Devoto, Fernando; *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*; Buenos Aires; Siglo XXI; 2002 cap. 4.

¹³No es de menor importancia los periódicos *Criterio* y *La Fronda*, aunque estos aglutinaban nacionalistas más afines al catolicismo, en el primer caso, y conservadores laicos, en el segundo.

la propia élite), y la desintegración nacional, de la cual es responsable en gran parte el influjo de las tendencias de izquierda. Es necesario subrayar la importancia del combate teórico que los nacionalistas libran contra la democracia, combate que a sus aliados circunstanciales, los conservadores, les es por demás ajeno, debido a los distintos proyectos políticos que cada grupo tiene que, si bien encuentran en Yrigoyen y el radicalismo su enemigo inmediato y más próximo, las diferencias y los distintos sucesos provocarán un distanciamiento futuro. Este punto es nodal para entender la diferencia con los liguistas ya que, como se ha dicho, Carlés y la LPA en general, defienden la democracia liberal como sistema político, buscando simplemente adoctrinar al inmigrante y a la clase obrera en general, dentro del proyecto conservador, cuyo fin último era el del retorno al poder. De este modo, también hay que destacar que la cuestión inmigratoria ha dejado de ser una preocupación para estos nuevos nacionalistas: el problema ya no se encuentra en el inmigrante como un factor disolvente de la sociedad y la nación argentina, sino que se encuentra en el propio sistema democrático que se busca reformar.¹⁴ Los jóvenes de LNR corren sensiblemente el foco de la acción política con respecto a los nacionalistas de la LPA, ya que de este modo sí se busca efectivamente transformar la sociedad y los resortes políticos sobre los cuales se reposa. Estos jóvenes que “se percibían, en cualquier caso, como herederos del antiguo patriciado que definía su derecho a la preeminencia social no por su riqueza, sino por su presunta antigüedad de instalación en el país (...)” (Devoto; 2005: 180), levantaron sus armas para enfrentar a la democracia y al liberalismo, hijos de la Revolución Francesa, la Ilustración y el mundo moderno, que fueron el basamento ideológico sobre el cual se construyó el Estado nacional. El ataque ahora apunta directamente contra la soberanía popular, asociada a menudo con el “obrerismo bolchevizante” que amenaza con invadir (Palacio; 1975: 10). De tal manera, se propone una lucha en dos frentes, por un lado, una tarea intelectual cuyo fin sea la desarticulación de los sofismas democráticos y liberales; y por el otro, una lucha política contra los adversarios de la nacionalidad y el orden, es decir, contra la izquierda.

Como bien se decía anteriormente, todas estas corrientes nacionalistas confluyeron en el apoyo al golpe de Estado llevado a cabo por las Fuerzas Armadas, y encabezadas por Uriburu, buscando cada una de ellas llevar a cabo su propio proyecto.

¹⁴He aquí el punto de encuentro entre nacionalistas y conservadores: si bien estos últimos no renegaban del todo del sistema político, sino que subyacía la intención de hacerse nuevamente con el poder, los nacionalistas veían en el radicalismo una plebeyización de la política, ya que sectores medios y populares lograron ascenso social gracias a las políticas del gobierno.

En tal sentido se dio la separación de estos nuevos nacionalistas con respecto a los conservadores, debido a que Uriburu, quien había permitido llevar a cabo una reforma de corte corporativista, terminó volcándose al proyecto conservador, provocando el alejamiento y desencanto de los jóvenes de LNR.

Conclusiones

Como ha quedado manifestado en este breve trabajo, la acción política de la LPA posterior a 1922 respondió al disciplinamiento del inmigrante, una vez derrotado el movimiento obrero del cual era su principal actor. Una vez aplastada su capacidad revolucionaria, la Liga se dio a la tarea de incluir a estos inmigrantes en una sociedad modelo que se buscaba construir, en función de determinadas pautas culturales que respondían al proyecto político conservador, y de acuerdo con la resolución de esta problemática acerca de la inmigración que todavía aquejaba a estos sectores. De tal modo, no debe entenderse el accionar político de la LPA simplemente como una actividad destinada a la violencia contrarrevolucionaria en sí misma, carente de base teórica y plenamente instrumentalizada al servicio de los intereses de la burguesía; sino que dicho accionar está enmarcado dentro de una ideología (precaria con respecto a los ideólogos nacionalistas posteriores, si se quiere), que responde claramente a los principales baluartes del conservadurismo: la familia como pieza elemental de la sociedad; la defensa de los valores nacionales contra las tendencias extranjerizantes; la moral católica, la fe en la Iglesia y el amor a Dios; el mantenimiento del orden social; la adhesión a la patria. Del mismo modo, las mujeres, que ocupaban de hecho un lugar marginal dentro de la sociedad, y más aun dentro de la cosmovisión de estos nacionalistas conservadores, comenzaron a constituir una pieza clave en el proyecto político de la LPA, en función de desplegar una serie de actividades caritativas y filantrópicas destinadas a separar a las trabajadoras y sus familias del “peligro” que suponían el socialismo y el anarquismo, como también a través de la educación y la enseñanza de oficios.

Por otra parte, llegando hacia la década del '30, que es testigo del golpe de Estado de Uriburu, pero que trasciende las intenciones de este trabajo, se puede ver el nacimiento de distintas corrientes dentro del nacionalismo de derecha. En comparación con el caso de la LPA, ésta fue funcional a un proyecto en un determinado contexto político, signado por problemáticas provenientes, muchas de ellas, del siglo anterior, pero con nuevas condiciones tales como la democratización del sistema político, la

llegada al poder de un nuevo partido, el impacto a nivel mundial de la Revolución Rusa en los movimientos de izquierda, etc. Pero con respecto a LNR, se puede ver como un corte generacional da un impulso renovador, en un contexto político distinto marcado por la influencia de las tendencias fascistas que se hacían presentes en Europa, planteando nuevas problemáticas y situándose desde otro lugar para resolverlas.

Referencias bibliográficas

- Liga patriótica Argentina (1922); "Tercer Congreso de Trabajadores de la Liga Patriótica Argentina. Sesiones del 20, 22 y 23 de mayo". Internet Archive; en http://www.archive.org/stream/tercercongresode00conguoft/tercercongresode00conguoft_djvu.txt; consultado el 27 de abril de 2013.
- Bertoni, Lilia Ana (2007); *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*; Fondo de Cultura Económica.
- Sumo Pontífice León XIII (1891) "Carta Encíclica Rerum Novarum. Sobre la situación de los obreros"; en http://www.vatican.va/holy_father/leo_xiii/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum_sp.html; consultada el 27 de abril de 2013.
- Caterina, Luis María (1995); *La Liga patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del veinte*; Buenos Aires; Corregidor.
- Devoto, Fernando (2002); *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*; Buenos Aires; Siglo XXI.
- Iñigo Carrera, Nicolás (2004); *La estrategia de la clase obrera. 1936*; Buenos Aires; Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Lvovich, Daniel (2003); *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*; Ediciones B Buenos Aires; Buenos Aires.
- McGee Deutsch, Sandra (2003); *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*; Buenos Aires; Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- ----- (2005); *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile. 1890-1939*; Buenos Aires; Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- Palacio, Ernesto (1975); "Organicemos la contrarrevolución" en Irazusta, Julio; *El pensamiento político nacionalista*; Buenos Aires; Obligado.

- Rock, David (2001); *El radicalismo argentino, 1890-1930*; Buenos Aires; Amorrortu.
- Rubinzal, Mariela (2008); “La disputa en las plazas. Estrategias, símbolos y rituales del primero de mayo nacionalista (Buenos Aires, 1930-1943)”; en *Historia y Política*; n°19; Madrid.